

PLÁTICA V.

UNIDAD DE DIOS.—EL CORAZON DIVIDIDO.

Videte quòd ego sim solus,
nec sit alius Deus præter me.
(Deut. xxxii, 39).

Una verdad esencialísima nos quedó por explicar sobre las primeras palabras del primer artículo que venimos tratando, y es, que aquel Dios á quien vimos ser perfectísimo en todo género de perfeccion, es único, esencialmente único, siendo imposible que haya muchos. Esta verdad, hijos míos, es del número de aquellas, que á mas de estar apoyadas en la fe, son evidentes á la razon. Suponed por un instante, dice santo Tomás ¹, que hubiese muchos dioses. ¿Cómo los quereis? ¿iguales ó desiguales? Si los poneis desiguales, os resulta que el mas pequeño no será Dios; porque no será infinito, independiente, ni señor de todas las cosas. Si los poneis iguales, ni el uno ni el otro será Dios; porque ninguno será perfectísimo; pues el uno no podrá tener las perfecciones que tiene el otro: de otro modo ¿en qué se distinguirían? Con esto veis claro que es tan esencial á Dios el ser único, como esencial le es el ser Dios, y que el querer multiplicar á Dios es lo mismo que destruirle, y admitir muchos dioses equivale á no reconocer ninguno.

De aquí podeis deducir cuán mal haceis en adorar dos dioses; pues adorando á dos, os quedais sin ninguno. ¿Qué dice, Padre? os oigo exclamar, ¿nosotros adorar dos dioses? Él nos libre de tal desatino: no, no reconocemos mas que á un

¹ D. Thom. 1 part. quæst. 11, art. 3.

solo Dios, un Dios solo; anatema al maniqueo que establezca muchos. Escuchadme, hijos míos, y vais á ver que sin pensarlo reconoceis dos dioses. ¿No sois vosotros los que llevais el corazon dividido entre dos señores? ¿No sois vosotros los que en parte cumplís la ley santa del Señor, y en parte seguís las máximas perversas del mundo? ¿No sois vosotros los que pretendiendo conciliar á Dios y al mundo, pensais poder servir al uno y al otro? ¿Y qué es esto, hijos míos, sino colocar dos dioses en un mismo altar? ¿sino reconocer y adorar muchos dioses?

Fácilmente me persuadiré de que vosotros mismos no comprendeis lo absurdo de este procedimiento, y que procediendo así pensais ir bien encaminados; pero cumple á mi deber desengañaros sobre este punto, y haceros ver, que servir á Dios y al mundo, es un maniqueísmo práctico que el dogma de la unidad de Dios no tolera. No importa que hoy traspase los límites de simple catequista; la doctrina que os daré no deja de ser sumamente buena y necesaria.

No podeis negarme que muchos estais en el empeño de conciliar á Dios y al mundo, y que tratais de servir un poco al uno y al otro. Para ser enteramente mundanos no teneis bastante valor, porque conoceis que la conciencia gritaria demasiado fuerte: para ser enteramente de Dios tampoco teneis bastante virtud, porque comprendeis que las pasiones se quejarían y vosotros no quereis disgustarlas. ¿Qué haceis para salir del apuro? Lo que una fingida madre queria se hiciese de un pobre niño que reclamaba su madre verdadera. El niño, decia, no seà ni todo mio ni todo tuyo, sino la mitad de cada una: *Nec mihi, nec tibi, sed dividatur.*

Hé aquí lo que muchos pretendéis hacer de vuestro corazón ; ni todo de Dios, ni todo del mundo, sino por mitades. Por la mañana á la iglesia, por la tarde á la diversion : de oracion un poco, de disipacion mucho : rezos y devociones en los labios, amores y obscenidades en el corazón : ciertos dias á los Sacramentos, muchas noches al baile : una limosna de cuando en cuando, robos y estafas siempre que haya proporcion : un confesor que nos absuelva, un amante que nos sirva : el mundo para vivir, Dios para morir : *Nec mihi, nec tibi, sed dividatur.*

No es mal discurrido este sistema, y cierto que tiene algo de conveniencia ; pero si puedo hablar aquí francamente, ¿ sabéis qué os voy á decir ? Que este sistema es imposible, y que cuantos le seguís andáis perdidos eternamente. ¿ Y que no sabéis que Dios quiere dominar solo en nuestro corazón, y que no admite competidor ni rival ? ¿ Que no sabéis que Dios y el mundo son de mucho tiempo dos enemigos irreconciliables ? Si no lo sabíais, vais á aprenderlo.

El mundo sugiere el amor de los placeres, Dios prescribe la mortificacion : el mundo autoriza el fausto, Dios manda la modestia : el mundo aprueba el galanteo, Dios lo abomina y detesta : el mundo canoniza los bailes, Dios los condena y reprueba. Quiere el mundo que vos, mujer, sigáis todas las modas, que no seáis escrupulosa en admitir amistades, que no haya diversion ni pasatiempo á que no intervengais ; quiere Dios que seáis modesta en el vestido, amante del retiro, aplicada al gobierno de la casa y á la instruccion de la familia. Quiere el mundo que tú, niña, consagres á su servicio esos tiernos años de tu vida, que honres sus saraos con tu presencia, que dejes el ser devota para cuando seas vieja ; quiere Dios que consagres á él la flor de tu juventud, que

vivas retirada y devota, que no cuentes con una vejez que quizás no verás. Quiere el mundo que tú, jóven, vivas como los demás de tu edad, apartado de Sacramentos, entregado á lo que llamas galanteo y yo llamo condenacion ; quiere Dios que como el jóven Tobías huyas los malos compañeros, frecuentes la iglesia, y le sirvas en santo temor. ¿ Veis lo que quieren Dios y el mundo ? Decidme ahora por favor : ¿ quién podrá unir en sí efectos tan contrarios ? ¿ seguir máximas tan opuestas ? ¡ Ah ! que no es posible.

Ya sé lo que me vais á responder. Nosotros tambien tenemos por imposible seguir á Dios y al mundo, cuando el mundo nos condujese á una manifiesta violacion de la ley de Dios : pero nosotros estamos muy distantes de esto ; pues del mundo solo seguimos aquellas máximas, que si bien no son las mas escrupulosas, tampoco son del todo malas y reprobadas. Este es, hijos míos, el punto preciso que deseaba tocar, porque me da ocasion de disipar un error que causa la ruina eterna de infinitas almas. En tiempos antiguos eran los cristianos mas francos tanto para el bien como para el mal. Los que profesaban religion y piedad mostraban ingenuamente su aversion al mundo ; los que seguian el mundo se reconocian francamente por desertores de la religion y piedad. Los cristianos de hoy mas sutiles y refinados lo hacen de otro modo : abrazan los vicios del mundo, pero de tal modo disfrazados con el ropaje de la honestidad, que el mas vicioso quiere pasar por moral, y guárdense ustedes de decir lo contrario.

Al decir de estos ¿ qué pensais es ir al teatro ? es ir á una distraccion la mas inocente. ¿ Qué juzgais es correr al baile ? es correr á recreos los mas lícitos. ¿ Qué diríais es tener amistades tiernas con personas de otro sexo ? es tener amistades

que no traen peligro alguno. ¿Y tener conversaciones impuras? es decir humoradas que se escapan. ¿Y hacer visitas que dan que sospechar al público? es guardar atenciones de urbanidad y política. ¿Y leer libros malos? es mirar composiciones ingeniosas y de buen gusto. ¿Y estafar al prójimo? es saber mirar por sí y por su familia. — ¿Y los que viven así se tienen por buenos cristianos? ¡Si se tienen!... como el que mas ; y frecuentan Sacramentos, y pican de devotos, y tienen esperanza viviendo así de salvarse un día.

Si se engañan ó no, vosotros mismos podréis decidirlo si escuchais con reflexion el argumento que voy á proponer. Segun la palabra formal de Jesucristo, no hay mas que un solo camino que conduzca á la vida eterna : este camino es estrecho, son pocos los que le siguen, y estos son los que se violentan, los que se niegan á sí mismos, los que le siguen llevando su cruz. Esta proposicion en todas sus partes es de fe. Los secuaces del mundo no van por el camino estrecho, sino por el ancho : no caminan con los pocos, sino con los muchos : no se violentan, sino que se acarician : no siguen á Jesucristo con la cruz, sino que siguen al mundo en sus placeres. Esta proposicion es de hecho. Luego ó la palabra de Jesucristo es falsa, y esto es blasfemia, ó para los secuaces del mundo no hay salvacion, y esta es la verdad. ¿Qué respondeis? Si el argumento no está bien hecho, haced el favor de decirme en qué regla falta.

Yo os veo atónitos, hijos míos, y me parece os oigo responder : Si para un cristiano no puede haber ni divertimientos, ni amoríos, ni lujo, ni regalos, ni mundo ; luego tantas personas honestas que practican estas cosas deberán condenarse ; luego los confesores que las absuelven... No digais mas que ya os entiendo, y aquí teneis la respuesta. Tan lé-

jos estoy de suponer prohibido á los cristianos toda clase de desahogos y divertimientos, que con santo Tomás los reputo por tan necesarios al espíritu como el alimento lo es para el cuerpo. El punto está en que estos divertimientos y desahogos sean de tal condicion, que no se opongan á la ley de Dios. ¿Quereis una regla para discernirlo? Ved ahí una, que es de santo Tomás. Si vuestros recreos y diversiones son de naturaleza tal que podais ofrecerlos á Dios como una cosa grata y digna de él, son inocentes y meritorios ; sino, son pecados : *Si actus refertur in Deum, meritorius est ; si non est referibilis, peccatum est.*

¿Qué decís á esto, hijos míos? ¿Os parece, mujeres cristianas, si consumiendo horas en adornaros delante un tocador, si cargándoos de todas las modas para distinguiros en una reunion de jóvenes, si admitiendo requiebros y demostraciones que huelen á impureza, podeis decir á Dios que todo lo dirigís á él como un sacrificio agradable? ¿Os parece, hombres cristianos, si entrando en aquel baile, si yendo á aquella casa, si compareciendo á aquella cita, podréis decir con los ojos vueltos al cielo : Señor, por Vos voy á emplear una parte de esta noche, por Vos asisto á esta comedia, por Vos bailaré un rigodon? ¿Os parece, jóvenes, si leyendo aquel libro perverso, si profiriendo aquella palabra indecente, si acechando á aquella hermosura honesta, podeis decir francamente á Dios : Dios mio, hago esto para vuestra mayor honra y gloria? ¿Os lo parece? Pues si todas estas cosas no son referibles á Dios, todas son pecado, os repetiré con el angélico Doctor : *Si autem non est referibilis, peccatum est.*

Pero señor, me preguntaréis, si todas estas cosas son pecados, ¿qué pecados son? ¿mortales ó veniales? Si son mor-

tales, deberémos condenar una infinidad de cristianos que viven como nosotros, y esto es duro; si son pecados veniales, no hay por qué acalorarse tanto, pues al fin ellos no quitan la gracia, ni se oponen al espíritu esencial del Cristianismo. ¿Qué nos responde? Queremos una decision; pero clara, pero terminante. — Ahí va la decision terminante y clara que quereis. Primero: todos esos actos que no son referibles á Dios, son cuando menos pecados veniales. Segundo: por razon de las circunstancias peligrosas que los acompañan, son casi siempre pecados mortales. Tercero: aunque cada acto singular no constituya siempre un pecado mortal, su continuacion conduce por una necesidad moral á gravísimos delitos. Harto lo sabeis vosotros por experiencia.

Concluyamos de una vez. El espíritu de Dios, que es espíritu de santidad é inocencia, no puede conciliarse con esas vidas sensuales, que las máximas del mundo inspiran: un corazon, pues, dividido entre Dios y el mundo, es un corazon perdido: *divisum est cor eorum, nunc interibunt*. Servicio de Dios y servicio del mundo, es un sistema imposible: *nemo potest duobus dominis servire*. No ser todo entero de Dios, es ser todo entero condenado: *qui non est mecum, contra me est*. Así lo enseña la fe, así lo demuestra la razon, así lo convence la experiencia. ¿Pues...? pues resolverse.

Ya creo, hijos míos, que esta mañana me habré ganado la fama de escrupuloso ó rigorista. ¿Y qué predicar es este? habrá pensado mas de uno de vosotros: esto es llenar la cabeza de escrúpulos y perturbar las conciencias. Bien sé que á los ojos débiles es enojosa la luz; pero si en los púlpitos no la hacemos brillar, ¿dónde la divisaréis? Si yo, vuestro párroco y pastor, no os digo la verdad limpia, ¿de quién esperarais oirla? ¿De ese mundo que os fascina y engaña? Si hoy

he puesto en claro las doctrinas que acabais de oír, es porque me intereso por vuestro bien, es porque quisiera veros á todos buenos en vida, justos en la muerte, y felices en la eternidad. Amen.

PLÁTICA VI.

INMENSIDAD DE DIOS. — EL PECADO EN SU PRESENCIA.

Quò ibo à spiritu tuo? et quò à facie tua fugiam? (*Psalm. cxxxviii, 7*).

Si bien el dogma de la *inmensidad* de Dios no está expresamente declarado en el primer artículo del Símbolo, sin embargo pertenece á él, y merece ser explicado con toda claridad y extension; porque una vez bien comprendido, puede ser el mejor freno para conteneros de pecar.

Dios, hijos, es *inmenso*; y esto quiere decir que él con su esencia está presente en todo lugar: en el cielo, en la tierra, y en los mas profundos abismos. Todo lo ocupa, todo lo llena de sí mismo, sin que por esto esté circunscrito en lugar alguno. Persuadido el real Profeta de esta inmensidad de Dios, le decia: *Quò ibo à spiritu tuo? et quò à facie tua fugiam?* ¿A dónde iré, Señor, para sustraerme de vuestro espíritu? ¿A dónde huiré para esconderme de vuestra presencia? Si subo al cielo, allí estais: si bajo al abismo, allí os encuentro: si me traslado al extremo del mar, allí siento los efectos de vuestra mano. Dije para mí mismo, tal vez las tinieblas de la noche serán un buen velo para esconderme de las miradas del Señor: *Dixi, forsitan tenebræ conculcabunt me*; mas